

mundanas; é impongámonos una ley, y hagamos como un punto de honor de pertenecer al pequeño número de almas piadosas, humildes, fervorosas, que se complacen en sus deberes, que viven en el recogimiento; á quienes el mundo no puede echar en cara otra cosa que el ser muy modestas, muy reservadas, muy religiosas, que el no concurrir á sus placeres ni á sus fiestas. Acordémonos que el reino de los cielos no es dado mas que á la pequeña grey. Es, pues, una verdad que aunque todos sean llamados son pocos los escogidos, porque hay pocos que vivan segun las leyes y las máximas del Evangelio. No tengamos otra regla por donde ordenar nuestra conducta que este Evangelio; y cueste lo que cueste, es menester que seamos del pequeño rebaño.

2. No sabeis, decia S. Pablo (1. Cor. 9), que los que corren en la lid, todos corren á la verdad; pero uno solo es el que lleva el premio: corred de manera que lo obtengais. Para esto, además de los avisos precedentes, observemos los que siguen: 1.º Hagamos de continuo la corte á Jesucristo en el Santísimo Sacramento. Pongamos toda nuestra confianza en este divino Salvador, y profesémosle un amor tierno y respetuoso en este adorable misterio. 2.º La frecuente comunión con los disposiciones necesarias, asegura, por decirlo así, la salvacion, y alimenta al alma con el pan de los fuertes. *Porque ¿qué es lo que el Señor tiene bueno y excelente que dar á su pueblo, sino el trigo de los elegidos, dice el profeta Zacarías? (Zach. 9.)* 3.º Una devoción tierna y perseverante á la Santísima Virgen ha sido mirada siempre en la Iglesia como una señal visible de predestinacion. San Juan Damasceno la llama la *prenda segura de nuestra salvacion. (In N. B. V.) Los que hubieren ganado la gracia de María, serán conocidos como conciudadanos suyos por los habitantes del Paraíso; y el que estuviere marcado con este sello, será escrito en el libro de la vida. (Bon. in sal. 10.)* Recemos todos los dias la *Salve Regina* para obtener por la poderosa intercesion de la Santísima Virgen la gracia de ser del pequeño número de los que se salvan.

DOMINGO VIGÉSIMO DESPUES DE PENTECOSTES.

EL vigésimo domingo despues de Pentecostes puede llamarse el domingo del oficial de Cafarnaum, que es el asunto del Evangelio de la misa de este dia. Todo es instruccion en este Evangelio, lo mismo que en la Epístola. Aquél instruye el entendimiento; ésta el corazon. Jesucristo nos enseña cuán viva debe ser la fe; y S. Pablo cuán puras deben ser las costumbres. Así es como la Iglesia escoge para los domingos del año lo que es mas á propósito para despertar nuestra fe, y alimentar nuestra esperanza.

El introito de la misa está tomado de la oracion que hizo á Dios Azarías, uno de los tres jóvenes hebreos, que por haber rehusado constantemente tributar á la estatua de Nabucodonosor los honores debidos al solo verdadero Dios fueron arrojados en un horno ardiendo, el cual se convirtió para ellos en un lugar de refrigerio en donde cantaban las alabanzas al Señor, y en el que Azarías hizo á Dios la oracion de la cual están tomadas las palabras de que se forma el introito de la misa.

Nada habeis hecho, Señor, con nosotros, que no sea justisimo. Por nuestros pecados hemos merecido los castigos que sufrimos: por mas pesada que sea la mano que nos hiere, por extremos que sean nuestros males, todavia no igualan á nuestra iniquidad. *Confesamos, Señor, que hemos pecado, y que hemos desobedecido vuestros mandamientos, despreciado vuestra santa ley, y violado todos vuestros preceptos.* Pero, ó Dios lleno de bondad, vos sois aun mas misericordioso que nosotros criminales. Nada contribuirá mas á la gloria de vuestro nombre que la indulgencia con que tratáreis á este pueblo ingrato y rebelde. Reconocemos que son enormes nuestros pecados; pero sabemos que vuestra misericordia es infinita, y que nosotros no podemos agotarla. Inclinaos, Señor, á nuestros gemidos y á nuestras lágrimas, y dignaos tener misericordia con un pueblo que habeis amado tanto.

De este modo debe pensarse, y así se debe hablar en todos los accidentes molestos, en todas las aflicciones, y en todas las calamidades públicas. Bendito seais, Señor, por todas las adversidades que nos suceden; por mas severo que sea el castigo, nuestros pecados merecen mucho mas, y siempre nos castigareis mucho menos que lo que merecen nuestras faltas. Sí, Señor, yo reconozco vuestra justicia siempre adorable, vuestro juicio siempre equitativo

en las aflicciones domésticas y en los azotes públicos; nuestros pecados son los que encienden contra nosotros vuestra justa ira: nosotros somos los que escitamos las borrascas que nos hacen gemir, y los que ponemos en vuestra mano, por decirlo así, los azotes que nos hacen derramar tantas lágrimas. Enfermedades populares, muertes repentinas, miseria aflictiva, pérdida de bienes, aflicciones, pobreza, amarguras; nuestro propio suelo es el que produce todos los vapores malignos que forman estos rayos. Pero, al fin, en nuestra humillacion podeis hallar vuestra gloria. Nosotros sabemos que nunca os acordais mas de vuestra misericordia, que cuando estais mas airado. (*Habac. 3.*) Adoramos y bendecimos vuestra justicia; pero imploramos vuestra gran misericordia, y os suplicamos que no pongais en ella límites ni medidas. Para inclinar hácia nosotros vuestra ternura es menester toda vuestra bondad, y sobre su estension infinita, sobre su fondo inagotable apoyamos la esperanza de nuestro perdón. ¡O qué dichosos son los que continuamente andan en los caminos de la ley del Señor, que guardan con una fidelidad invariable todos vuestros mandamientos, que se aplican sin cesar al conocimiento de vuestra voluntad, que andan dia y noche en la inocencia y que todo su ardor es por agradaros! No hay otro medio para ser felices.

La Epístola es continuacion de la del domingo precedente, y corresponde perfectamente á los sentimientos que inspira el introito de la misa.

Guardaos, hermanos míos, escribe S. Pablo á los efesinos, *guardaos y caminad con precaucion*. Vosotros estais en un pais enemigo, el camino es difícil, hay malos pasos, los precipicios son frecuentes, todo en él está lleno de lazos. ¡Qué vigilancia, buen Dios, qué atencion, qué precaucion es preciso tomar! Pero qué locura el caminar como aturdido por un camino tan peligroso! y ¿qué precaucion toman las gentes del mundo en esas reuniones, en esas ocasiones críticas en donde todo tienta? *Por lo que hace á vosotros, mis queridos hermanos*, continua el santo Apóstol, *andad por el camino de la salud, no como gentes sin razon* que no piensan, ni en los peligros que se encuentran en el camino, ni en el término de él; *sino como personas racionales*, que previendo todas las dificultades, los malos pasos y los obstáculos, toman como gente sabia todas las medidas para llegar al término con seguridad.

San Pablo les sugiere el verdadero medio para ello, exhortándoles á rescatar con el buen uso del tiempo presente, tantos bellos dias, tantos años perdidos: que es como si les dijera: to-

do el tiempo que no habeis empleado en el importante negocio de la salvacion, que es propiamente vuestro único negocio, es un tiempo perdido; debeis hacer todos los esfuerzos, emplear toda la solicitud, ponerlo todo por obra para reparar una pérdida tan grande. El único medio que os resta para rescatar, por decirlo así, esos dias tan mal empleados y de que Dios, sin embargo, os pedirá una cuenta tan terrible, es redoblar el paso en el camino de la salud, santificar todos los dias y todas las horas de estos dias, por un aumento de fervor y por una piedad enteramente nueva. El santo Apóstol parece que hace aquí alusion al ardor, á la codicia de aquellos mercaderes que todo lo ponen por obra para reparar con una ganancia presente la pérdida que han sufrido en los años pasados, ó tal vez tambien á aquellos viajeros, que debiendo llegar en dia preciso al término de su viaje, y habiéndose divertido algun tiempo en el camino, doblan el paso, aguantan el mal tiempo, se quitan hasta las horas del descanso, y hacen un esfuerzo para llegar á tiempo á su término.

Continua S. Pablo sus avisos saludables á los fieles de Efeso, y en sus personas á todos los cristianos, sosteniendo siempre la misma alegoria. *Por esto*, les dice, *no obreis imprudentemente, sino comprended bien la voluntad de Dios*. He aquí en pocas palabras el gran secreto de la vida espiritual. Todo nuestro mérito no consiste en hacer mucho, sino en hacer lo que Dios quiere y de la manera que Dios quiere. El medio de reparar el tiempo perdido, no es el hacer todo género de obras buenas; las obras no son buenas, sino en tanto que agradan á Dios; los primeros deberes que Dios pide son los de nuestro estado, estos es menester cumplirlos con fidelidad. Una madre de familias que descuida el gobierno de su casa, el cuidado de sus hijos, por visitar los hospitales, ó por estar en la iglesia, no hace lo que Dios exige de ella. La voluntad de Dios es que ella comience por cumplir todos los deberes de su estado. Si le queda algun tiempo, puede emplearlo en buenas obras. Apliquémonos á hacer con fervor y con puntualidad lo que Dios quiere de nosotros en todas las cosas; muy pronto seremos entonces santos.

Despues de haber dado el santo Apóstol estos avisos generales, descende al pormenor de algunos vicios capitales que deben mirarse con horror por todos los fieles. *Guardaos de los escesos del vino, que conducen á la impureza*. Era muy ordinario en Efeso el vicio de la intemperancia. S. Pablo no podia, al parecer, inspirar mas horror á los fieles contra él, que diciéndoles que el vino enciende los ardores impuros. La castidad no se

aviene con la embriaguez. Los excesos del vino causan siempre estos incendios; la impureza se nutre con el vino. *Obrad de modo que os lleveis del Espíritu Santo.* El Apóstol, dice S. Jerónimo, opone aquí la santa embriaguez, por decirlo así, del Espíritu Santo, á la embriaguez de la intemperancia. No hay cosa mas incompatible; cuando el Espíritu Santo llena una alma, la inspira la sabiduría, la dulzura, la modestia, el pudor y la castidad: la extravagancia, el furor, la impureza, la desvergüenza, son los efectos naturales de los excesos del vino. Si vosotros estais llenos del Espíritu Santo, continua el santo Apóstol, os entretendreis con los salmos, himnos y cánticos espirituales, dirigiendo estos cánticos y salmos al Señor en el fondo de vuestros corazones. De la abundancia del corazon habla la boca. Un hombre animado del espíritu de Dios, apenas encuentra gusto en los entretenimientos profanos: esto es lo que hace decir al santo Apóstol en otra parte, que un cristiano no debe tener conversacion que no sea de Dios. La Iglesia, llena de este espíritu, en todos tiempos ha puesto en la boca de los fieles cánticos espirituales para entretener su piedad y su alegría interior, y para desterrar de toda boca cristiana los cánticos profanos, herencia adquirida de los paganos. Hállanse en los salmos tan bellos sentimientos de religion y de piedad, que nada parece mas á propósito para mantener la de los fieles; por esto la Iglesia desde su nacimiento ha hecho de ellos su oracion ordinaria, y obliga á todos sus ministros á que esta sea tambien la suya: *Cante cánticos de atabanza,* decia David, *este pueblo que está consagrado al Señor, y los hijos de Israel que tienen el honor de acercarse á su santo templo.* S. Pablo quiere que se medite, que se entretenga uno á sí mismo con salmos, himnos y cánticos espirituales, dirigiéndose estos cánticos y estos salmos al Señor; pero que esto sea de lo íntimo del corazon. Sea enhorabuena la oracion que se hace la mas religiosa, la mas sagrada, la mas santa, si no sale del corazon, inútilmente se pronuncia con los labios. Dios no oye mas que la voz del corazon.

Dando continuamente gracias á Dios Padre, en nombre de Jesucristo nuestro Señor, por todas las cosas: puesto que nada sucede sino por un órden de la divina Providencia, debemos estar persuadidos que todo lo que sucede es por nuestro bien. Enfermedad y salud, prosperidades y desgracias, bienes y males de esta vida, todo contribuye á la gloria del Señor, y á la ventaja de sus elegidos. *Para los que aman á Dios,* dice S. Pablo en otra parte, *todas las cosas contribuyen á su bien.* Es propio de la virtud de los cristianos, dice S. Jerónimo, el dar gracias

á Dios por todo lo que les sucede, aun por lo mas molesto.

En fin, añade el santo Apóstol, *manteneos en una sumision mutua por el temor de Jesucristo.* Ordenando S. Pablo á todos los fieles que cada uno en su estado satisfaga perfectamente á sus deberes, como lo hace en la continuacion de este capitulo, les da en esto una leccion general que puede servirles mucho para hacer mas fácil esta puntualidad, inspirándoles esta subordinacion tan necesaria en todas las condiciones. Quiere que esta subordinacion indispensable la tengan por el temor de Jesucristo, porque con respecto á los fieles no hay motivo alguno mas poderoso; cuando se ama á alguno se teme desagradarle, y este saludable temor es el que recomienda á todos los cristianos.

La historia de la curacion del hijo de un señor de la corte de Herodes Antipas, tetrarca de Galilea, esto es, príncipe que gobernaba en aquel país con autoridad soberana, y á quien se da tambien el nombre de rey, como se ha dicho en otra parte, esta historia, repito, constituye el asunto del Evangelio de la misa de este dia.

Habiendo vuelto el Salvador á Galilea, al salir de Samaria, fué segunda vez á Caná, en donde habia hecho su primer milagro convirtiendo el agua en vino. Allí fué en donde un hombre de calidad (era un señor de la corte del rey Herodes, que habitaba en Cafarnaum, en cuyo pueblo acaso tenia algun empleo), habiendo sabido que Jesus estaba en Caná, poco distante de aquella ciudad, vino á verle, y le suplicó con instancia que tuviese la bondad de tomarse el trabajo de ir á su casa á curar á su hijo que estaba gravísimamente enfermo, y que se moria. El Salvador que trataba siempre de curar mas bien las enfermedades del alma que las del cuerpo, no quiso dar al hijo la salud hasta no haber curado al padre de su poca fe. Aquel señor creia verdaderamente que Jesucristo podia curar á su hijo enfermo; porque si no lo hubiera creido no habria venido de tan lejos para pedirle la curacion milagrosa; pero era aun imperfecta esta fe, pues que creia que el Salvador tenia necesidad de trasportarse al lugar en donde estaba el enfermo para curarle. Esta fe vacilante, esta media fe fué entonces tan comun en cuasi todos los que admiraban y seguian á Jesucristo, que obligó á este divino Salvador á hacer á todos una pequeña reconvenccion: *¿Qué,* les dice, *será necesario que yo haga siempre cosas estraordinarias para que creais, de modo que si no veis milagros, no creeis nada?* ¡Cosa estraña! yo hallo docilidad y hasta fe en el espíritu y en el corazon de los estranjeros, en Tiro, en Sidon y en Samaria, sin que tenga necesidad de obrar prodigios; ¿y entre vosotros,

à menos que no se vean maravillas, nada se cree? Algunos intérpretes traducen estas palabras diciendo: Si vosotros gentes de calidad, gentes de corte, entre quienes la fe es tan remisa, no veis otros milagros, ó como si el Salvador dijera: Vosotros gentes ricas, gentes de calidad, gentes de corte, teneis ordinariamente una fe tan lánguida, tan vacilante, que à menos que no veais milagros no creéis. Esta queja, ó mas bien esta reconvenccion saludable, aunque justa, hizo poca impresion en el ánimo de un padre afligido que no pensaba mas que en la curacion de su hijo. En lugar de responder à lo que el Salvador le decia: ¡Ah, Señor! le dijo con las lágrimas en los ojos, si no os dais prisa à venir, acaso no llegareis à tiempo; mi hijo se muere, y no le hallareis con vida. Esta perseverancia en pedir y en rogar agradó à Jesucristo: Ve, le dijo, ve; tu hijo está sano; consuélate, tu oracion ha sido oida. Creyólo el padre, y sin replicar mas, habiendo hecho una profunda reverencia al Salvador, se volvió. Apenas habia llegado à la mitad del camino encontró à algunos de sus criados que le salian al encuentro para hacerle saber que su hijo estaba curado, y ya sin la fiebre. Fácilmente puede comprenderse cual seria su alegría. Habia notado bien la hora en que Jesus le habia dicho afirmativamente, que su hijo estaba bueno y libre de la enfermedad. Por esto lo primero que les preguntó fué la hora en que el enfermo se habia encontrado sano: Ayer, le dijeron, le dejó la calentura à la séptima hora del dia, esto es, una hora despues de mediodia, y en el instante se halló perfectamente sano, y como si no hubiese estado enfermo. Inmediatamente se acordó el señor que aquella era precisamente la hora en que el Salvador le habia dicho: Ve, tu hijo está bueno. Desde entonces creyó él y toda su casa que Jesus era el Mesias prometido, y su fe no fué ya imperfecta. San Cirilo cree que la pregunta que desde luego hizo el señor à sus domésticos sobre la hora en que su hijo se habia encontrado curado, no fué tanto una prueba de su poca fe, cuanto una señal de su zelo por instruirse y confirmarse en su creencia.

El padre creyó, y con él creyó toda su casa; esto debe vencer à las cabezas de familia y à toda persona de autoridad, dice un intérprete, de lo que pueden sus ejemplos en aquellos que están sujetos à ellos, y quanto deben temer dárseles malos. Podrá uno ser poco dócil à las lecciones mas patéticas; pero con dificultad se resiste por mucho tiempo al ejemplo.



La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Largire, quæsumus, Domine, fidelibus tuis indulgentiam placatus et pacem: ut pariter ab omnibus mundentur offensis, et secura tibi mente deserviant. Per Dominum...

Señor, os suplicamos que movido de los ruegos de vuestros fieles, les concedais el perdón de sus ofensas y la verdadera paz; á fin de que, purificados por vuestra gracia de todos sus pecados, os sirvan con la tranquilidad de una santa confianza. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola está tomada del capítulo 5 de la del apóstol S. Pablo á los efesinos.

Fratres: Videte quomodo cautè ambuletis: non quasi insipientes, sed ut sapientes: redimentes tempus, quoniam dies mali sunt. Propterea nolite fieri imprudentes, sed intelligentes, quæ sit voluntas Dei. Et nolite inebriari vino, in quo est luxuria: sed implemini Spiritu sancto, loquentes vobismetipsis in psalmis, et hymnis, et canticis spiritualibus, cantantes et psallentes in cordibus vestris Domino, gratias agentes semper pro omnibus, in nomine Domini nostri Jesu Christi, Deo et Patri. Subjecti invicem in timore Christi.

Hermanos míos: Mirad como camináis con precaucion, no como gentes sin razon, sino como personas racionales, rescatando el tiempo porque los dias son malos. Por esto no obreis imprudentemente, y procurad comprender bien cuál es la voluntad de Dios. Guardaos de los excesos del vino, que conducen á la impudicia; antes bien obrad de modo que seais llenos del Espíritu Santo, entreteniéndoos vosotros mismos con salmos, himnos, y cánticos espirituales, dirigiendo estos salmos al Señor de lo íntimo de vuestro corazon; dando gracias continuamente á Dios Padre, en nombre de Jesucristo nuestro Señor, por todas las cosas. Manteneos además en una submission mutua por el temor de Jesucristo.

«Entre muchas instrucciones importantes que S. Pablo da á

los cristianos de Efeso, les exhorta siempre á que rediman el tiempo perdido, empleando los pocos dias que les quedan en los ejercicios de piedad que él les enseña en esta Epistola.»

REFLEXIONES.

Rescatando el tiempo, porque los dias son malos Es muy precioso el tiempo para que no sean los dias muy apreciabiles; ni son tampoco malos los dias, sino por el mal uso que hacemos de este tiempo. Seria necesario conocer el precio inestimable del tiempo para comprender la pérdida que se hace empleándole mal. Es el tiempo una cosa tan preciosa, que todos los honores, todos los bienes del mundo no valen lo que vale un momento; y aun cuando no se hubiera empleado mas que un momento para adquirir todos los bienes del mundo; aun cuando no haya mas que esto, puede decirse que delante de Dios, que juzga sanamente de todas las cosas, es haber perdido el tiempo. No hay réprobo en el infierno que no estuviere pronto á dar todos los reinos y todos los bienes del mundo, si fuese dueño de ellos, por tener un momento de aquel tiempo que ha perdido en bagatelas, y que nosotros perdemos tambien del mismo modo. Concibamos, si es posible, lo que es la gracia, el precio de la sangre y de la muerte de un Dios; concibamos lo que vale la posesion de un Dios en la mansion de los bienaventurados; el tiempo no se nos ha concedido sino para que cada momento procuremos un aumento de gracia; para merecer con el auxilio de esta misma gracia el reino de los cielos, la estancia de los bienaventurados, la posesion del mismo Dios. Es, pues, innegable que cada momento que no hemos empleado para Dios, hemos hecho mayor pérdida que si hubiésemos perdido todos los tesoros de la tierra. Lo que los santos no podrán hacer en el cielo, durante la eternidad, con todos los actos mas perfectos de amor de Dios, que es merecer un nuevo grado de gloria, lo puedo yo hacer por un solo acto de caridad en cada momento. Lo que los réprobos no podrán hacer durante la eternidad con sus llantos, con sus lamentos y con todos sus incomprensibles tormentos, que es aplacar la ira de Dios, y obtener el perdon de sus crímenes, lo puedo yo hacer en cada momento. Comprendamos, pues, el mérito, el precio, el valor inestimable de este tiempo que perdemos sin pesar ni cuidado. ¡Cuán precioso se presenta en la hora de la muerte el tiempo que ha pasado para nosotros! pero ¿de qué consecuencia no aparece entonces la pérdida irreparable que hemos hecho de él? Enojosa ociosidad, ¡qué de tesoros me has he-

cho perder! visitas inútiles, vanas y fastidiosas conversaciones, diversiones frívolas ¡cuánto me costais! ¡O Dios mio, si tuviese yo una hora de aquel tiempo tan mal empleado! dice uno que se está muriendo, ¡qué uso no haria yo de él! pero yo he tenido aquellas horas, he tenido á mi disposicion muchos meses y muchos años, y por mi pura necedad he perdido aquellos preciosos dias; ¿qué se debe, pues, ahora pensar del tiempo que se emplea, que se pierde desgraciadamente en el juego, en los espectáculos, en los entretenimientos tan vacíos y aun criminales, en las reuniones mundanas? ¡Ah! las dos terceras partes de la vida son perdidas: el tiempo aun menos mal empleado exige acaso penitencia. ¡Buen Dios! ¡cuál será nuestra suerte! *Obremos bien, ya que tenemos todavia tiempo.* Rescatemos el tiempo perdido, empleando en buenas obras el poco que nos resta.

El Evangelio de la misa es lo que sigue del capítulo 4 del de S. Juan.

In illo tempore: Erat quidem regulus, cujus filius infirmabatur Capharnaum. Hic cum audisset quia Jesus adveniret à Judæa in Galilæam, abiit ad eum, et rogabat eum ut descenderet, et sanaret filium ejus: incipiebat enim mori. Dixit ergo Jesus ad eum: Nisi signa et prodigia videritis, non creditis. Dicit ad eum regulus: Domine, descende priusquam moriatur filius meus. Dicit ei Jesus: Vade, filius tuus vivit. Credidit homo sermoni, quem dixit ei Jesus, et ibat. Jam autem eo descendente, servi occurrerunt ei, et nuntiaverunt dicentes, quia filius ejus viveret. Interrogabat ergo horam ab eis, in qua melius habuerit. Et dixerunt ei: Quia heri hora septima reliquit eum febris. Cognovit ergo pater, quia illa hora erat, in qua dixit ei Jesus, Fi-

En aquel tiempo: Habia cierto señor, cuyo hijo estaba enfermo en Cafarnaum. Sabido por esta señor que Jesus habia venido de Judea á Galilea, fué á verle, y le suplicó que viniese á curar á su hijo que se moria. Dijole, pues, Jesus: Vosotros, si no veis milagros y cosas prodigiosas, no creéis. El señor volvió á instar á Jesus, diciéndole: Venid, Señor, antes que mi hijo muera. Ve, le dijo Jesus; tu hijo vive. Creyó lo que Jesus le dijo, y se fue. Cuando aun estaba en el camino, encontró á sus criados que le hicieron saber que su hijo estaba sano. Informóse de ellos á qué hora habia mejorado el enfermo, á lo cual le respondieron: Ayer á la séptima hora del dia le dejó la fiebre. Conoció el padre que aquella era la hora en que Jesus le habia di-

lius tuus vivit: et credidit ipse, cho: Tu hijo vive, y creyó él
et domus ejus tota. y toda su casa.

MEDITACION.

De la pronta obediencia á la voz de Dios.

PUNTO PRIMERO.—Considera cuanto importa ser fieles á la gracia; la curacion del alma, la salvacion depende de esta fidelidad. Hay dias afortunados, hay momentos felices en que la gracia hace impresion, en que la voz de Dios se deja oír: ¡qué desgracia el hacerse entonces el sordo! ¡el empeñarse en ser incrédulo! Si el padre de que habla el Evangelio no hubiese creído en el momento lo que el Salvador le decia, si no hubiera sido dócil, tal vez su hijo no hubiera sanado nunca. He aquí que todo lo hemos dejado, decia S. Pedro á Jesucristo en nombre de todos los apóstoles, esto es, á la primera palabra vuestra, en el momento de la inspiracion, al primer destello de vuestra gracia lo hemos dejado todo: quien dice todo, nada exceptua. Barca, redes, padres, amigos, todo lo mas amado que teniamos en el mundo. Esta generosa fidelidad, esta prontitud es la que gana el corazon de Dios; cuando se duda en materia de fe, nada se cree; cuando deliberamos tratándose de la conversion, no nos convertimos. La universalidad de donacion en el sacrificio constituye el holocausto, y esto es lo que agrada verdaderamente al Señor.

Desgraciado aquel que no obedece con prontitud á la voz del Señor; desgraciado el que parte su corazon entre Dios y las criaturas. Dios llama: y ¿se delibera, se consulta la inclinacion, las pasiones, la carne y la sangre, el amor propio, para saber de ellos, por decirlo así; si se aceptará el partido que Dios nos ofrece? ¿si se entrará en su servicio? Esas semivoluntades, esos deseos ineficaces, esas indeterminaciones odiosas, ¿significan otra cosa? Dios me llama en lo interior del corazon. ¿Dios me llama? y ¿yo no sé si le obedeceré? ¿y yo dudo si me he de rendir á su voz? Hace un mes, hace seis, tal vez muchos años, que Dios nos pide el sacrificio, no de todos nuestros bienes ó de nuestra propia vida: ¡ah! ¿deberiamos negársele si nos lo pidiese? pero lo que nos pide es solo el sacrificio de un placer, de una diversion, de un apego vano y frívolo, de una nada; nosotros se le negamos, y no queremos tener ni aun esta deferencia á las órdenes de nuestro Dios, no estamos dispuestos á agradarle. ¿Comprendemos bien la malicia de esta negativa y la gravedad de esta injuria? Sin embargo, el Dios á quien negamos esta

reforma, este pequeño sacrificio, esta nada, es el Dios de quien esperamos gracias continuas, el perdon de muchas faltas y el de la denegacion misma que le hacemos todos los dias de sus propios bienes. Confesemos que nuestra conducta está llena de contradicciones, de irreligion y de injusticias.

¡Cuándo abriré yo, Señor, los ojos para ver mis extravíos, y para estremecerme todo lo que debo de mi lamentable é irreligiosa conducta, si no lo he hecho hasta el presente!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que no basta romper los lazos que nos atan, desprender nuestro corazon, dejarlo todo, venderlo todo; inútilmente nos pondriamos en estado de marchar, si no siguiésemos á una buena guia. Todo lo hemos dejado, dicen los apóstoles al Salvador del mundo, y os hemos seguido: he aquí propiamente lo que constituye su mérito. Solo en esta imitacion, segun parece, funda Jesucristo el derecho á la recompensa: Vosotros que me habeis seguido, les responde, juzgaréis á todo Israel. Y en efecto, ¿de qué serviria haberlo dejado todo, y no seguirle? Este desasimiento quita los obstáculos; pero la virtud no se adquiere sino siguiendo á este divino modelo.

¿Qué leccion mas importante para las personas religiosas? pero ¡qué desgracia para ellas, si despues de haber roto tantos lazos, despues de haber hecho aun tantos sacrificios, se hallasen al fin de su carrera sin haber seguido á Jesucristo! ¿podrán todas decir con confianza á este divino Salvador, á este soberano Juez, lo hemos dejado todo, y os hemos seguido? ¿y en qué vendrán á parar las que no tuvieron derecho para decírselo?

Pocos hay aun en el mundo que no estén obligados á dejar muchas cosas por Jesucristo; ninguno que no deba indispensablemente desprender su corazon del afecto a todo lo que posee, si quiere ser discípulo de Jesucristo; ninguno que no deba renunciar á sí mismo; pero todo el mundo ¿podrá decir que ha seguido á Jesucristo?

Seguir á Jesucristo es ser humilde de corazon; es ser puro, inocente, dulce, mortificado, caritativo; es llevar su cruz todos los dias, hacerse todos los dias violencia, domar el amor propio y las pasiones todos los dias; es seguir las máximas de Jesucristo, y tener horror á las máximas del mundo.

Aquella persona religiosa, tan poco mortificada, tan poco exacta, tan poco regular, ¿habrá seguido á Jesucristo? ¿Habrá seguido á Jesucristo aquel hombre tan vano, tan ambicioso, tan

carnal, tan sensual y tan colérico? aquella mujer mundana, cuya ocupacion ha consistido en los adornos y la vanidad, y que pasa los días en la ociosidad, en los placeres, en la molicie; aquella mujer tan indevota, tan poco cristiana, ¿siguen á Jesucristo? ¿le sigo yo mismo?

¡Cosa admirable! cada uno espera la recompensa, aunque son tan pocos los que cumplen las condiciones que pide; cada uno quiere decir con los apóstoles ¿qué habrá para nosotros? pero pocos son los que pueden decir como ellos: os hemos seguido, y todo lo hemos dejado por vuestro amor. Porque ¿quién hay que no pretenda conseguir el cielo? ¿quién hay que no crea estar algun día en la gloria de los bienaventurados, y tener parte en la misma recompensa? y ¿sobre qué aseguramos esta dicha? ¿en qué estriba esta confianza?

Estriba, Señor, en vuestros méritos infinitos, en vuestra misericordia, en vuestra bondad; aunque yo sé tambien que debe estribar en vuestras palabras y en vuestros ejemplos. Hasta aquí ha sido falsa esta confianza presuntuosa; pero ¡oh amable Jesus mio! ella va á hacerse real y perfecta haciéndose cristiana y racional. Preciso es indispensablemente imitaros y seguiros para tener derecho á vuestra recompensa; esto es lo que estoy resuelto á hacer de aquí adelante, mediante vuestra gracia, á la cual no quiero resistir por mas tiempo.

JACULATORIAS.—Atraedme, Señor, en pos de vos, á fin de que os siga á largos pasos, siguiendo vuestros ejemplos. (*Cant. 1.*)

Si oy hoimos la voz del Señor, obedezcámosla sin dilacion. (*Psal. 9.*)

PROPOSITOS.

1 *Los deseos matan á los perezosos*, dice el Sabio, porque son mas bien deseos imaginarios que verdaderos: imaginámonos querer lo que conocemos que es bueno y necesario; pero realmente no lo queremos, puesto que nada queremos hacer para adquirirlo. Guardémonos no suceda lo mismo con los deseos infructuosos que tenemos en nuestras meditaciones y en nuestras lecturas. Los deseos reales y eficaces alimentan al alma, porque son el manantial de las buenas obras; pero los deseos imaginarios y pasajeros la matan, porque entreteniéndola con mil proyectos de conversion, todos á cual mas inútiles, son causa, por decirlo así, de que se muera sin llegar á ejecutarlos. En este sentido se ha dicho que el infierno está lleno de buenos deseos: No nos

contentemos con decir, esto es verdad, nada mas conveniente, nada mas ordinario: examinemos seriamente lo que nos dice nuestro corazon; y si hemos verdaderamente renunciado á todo lo que poseemos, en el sentido que Jesucristo lo entiende y lo exige indispensablemente de todos los que quieren ser discípulos suyos, esto es, si estamos dispuestos á sacrificar hasta lo mas precioso y querido que tenemos en el mundo antes que desagradar á Dios. El entendimiento en esto como en otras muchas cosas es con frecuencia el juguete del corazon; lisonjeámonos de no estar apegados á ningun bien criado, y somos esclavos de ellos. El trabajo que cuesta el pagar á los trabajadores y á los domésticos, el hacer las restituciones, satisfacer los legados piadosos y hacer limosnas no prueba un gran desprendimiento. No nos equivoquemos, hagamos hoy sin mas dilacion lo que deberíamos haber hecho ya hace mucho tiempo. Las personas religiosas están obligadas á un gran desapropio; no basta que sea simplemente afectuoso, debe ser real. Cercenemos hoy mismo lo que algun día debe alarmar nuestra conciencia y hacer nuestro proceso.

2 Los buenos deseos deben siempre ir acompañados de las prácticas morales. No es posible que no haya mucho supérfluo en todo ese aparato de adornos. Quitemos hoy algunas de esas piezas inútiles, ó al menos poco necesarias; la modestia cristiana encuentra muchas supérfluas, no esperemos á que un revés de fortuna, la edad ó la muerte nos despojen de ellas; hagamos por nosotros mismos este pequeño sacrificio. Pocas personas hay que no hallen el día de hoy alguna cosa que quitar ó que reformar si quieren prestarse dóciles á la gracia. Si, pues, hoy oimos la voz de Dios, obedezcámosla fielmente, y no endurezcamos nuestros corazones, rehusando ó trasladando á otro día lo que Dios nos inspira que hagamos hoy. ¡Qué sentimiento para los que habiendo leído esto, no hubieren sacado ningun fruto de ello!

DOMINGO VIGÉSIMOPRIMERO DESPUES DE

PENTECOSTES.

LÁMASE este día el domingo de los dos deudores ó del perdón de las injurias, desde que se ha tomado para el Evangelio de la misa la parábola de los dos deudores, segun la refiere S. Mateo, la cual nos enseña á perdonar á nuestros hermanos de lo íntimo de nuestro corazon las ofensas que hemos recibido de ellos, si queremos que Dios nos perdone los pecados que hemos cometido contra él. La Epístola que precede á este Evangelio está to-